

Entre fútbol, “Güevos” y minas Entrenando la masculinidad hegemónica

Lic. Ruben Campero

Artículo publicado en la Revista “Factor Solidario”, Año V, Nº 47, julio 2006, Montevideo.

*“hacete hombre, vení, tomate una”
“los hombres no lloran”
“no te gusta el fútbol?!!, andá maricón!!”
“¿sos hombre o qué?”
“no seas cobarde, sé un hombre carajo!!”
“salí de las polleras de tu madre”
“por atrás nunca!!, yo soy macho”
“¿la mina se te regaló y no hiciste nada?!!”*

Todas estas son frase muy comunes que escuchamos (o decimos) cotidianamente, cuando estamos con amig*s, cuando interactuamos con l*s hij*s, etc. Pero ¿somos conscientes de los valores y mandatos que ellas encierran?

¿Cuáles son los ideales de masculinidad que estas frases transmiten? ¿Qué ideas aparecen de lo que supuestamente debe ser un varón? ¿Es que acaso los varones solo pueden expresarse según un único modelo de comportamiento? Y si no lo hacen ¿con qué nombres descalificantes son etiquetados? En definitiva ¿porqué se educa y controla constantemente a los varones para que se ajusten a un patrón exclusivo de masculinidad?

Masculinidad y vigilancia

Tradicionalmente se cree que varones y mujeres poseen características específicas y hasta opuestas entre sí (de hecho los llamamos sexos “opuestos”) porque simplemente “son así” o “nacen así”, y ahí muchas veces se acaba la discusión.

Pero si volvemos sobre las frases, ellas nos muestran que “ser” varón, es el resultado de todo un entrenamiento que comienza desde el momento del parto (o la ecografía), cuando se dice que ese ser que ha nacido “es” un varón. Y de hecho no termina jamás, ya que mientras esa persona es adulta se ve expuesta a una serie de vigilancias y controles, para que exprese un comportamiento considerado “masculino”.

Un control que todas las personas (varones y mujeres) ejercen sin ser conscientes de ello, con sus palabras, con sus gestos, sus silencios, sus formas de manejar el cuerpo, sus prácticas. Y que los varones van incorporando desde niños, con lo cual van aprendiendo a auto vigilarse en su accionar, y a controlar a otros varones. Generando por tanto fuertes efectos limitantes en las posibilidades expresivas que todo ser humano posee más allá de su sexo y género.

Y como todo entrenamiento, también tiene sus alarmas y sus castigos; Desde niños a los varones se les presentan personajes a modo de contra ejemplos de la masculinidad hegemónica, es decir aquello que no deben ser. Así aparecen figuras tales como “el maricón”, “el cobarde”, “el pollerudo”, “el pelele”, “el débil”. Todas ellas construidas como identidades abyectas y ridiculizadas, para que funcionen como avisos del fatal destino que les puede aguardar si no cumplen con lo dictado.

Pero todo ello no se acata de manera conciente, sino que más bien se va “encarnando”. De esta manera vemos varones que se paran “como varón” (?), que hablan de política y no de decoración, que expresan gusto por jugar al fútbol y no por bailar, etc. etc. Creando la ilusión que estas actitudes son “naturales” y “propias” de los varones, con lo cual se pierde de vista el constante entrenamiento, del cual esos comportamientos “masculinos” son solo el resultado.

Y más aún, con ello se crea también la ilusión de que “todos” los varones son así. Haciendo que la diversidad de expresiones que existen entre ellos se torne invisible, ya que se cree y espera que los varones respondan a un único modelo de masculinidad.

Pero aún si creemos que este tipo de comportamiento que llamamos “masculino” es propio de los varones, ¿porqué la sociedad se afana tanto en entrenar y vigilar, para que se demuestre todo el tiempo? Porque si algo supuestamente es natural, no necesitaría entonces ningún tipo de adiestramiento.

Pongamos un ejemplo: Actualmente se han flexibilizado un poco los tipos de regalos que niñas y niños reciben, permitiendo por ejemplo que las niñas puedan jugar con pelotas. Pero ¿qué sucede en las reacciones de la familia si un niño recibe como regalo una muñeca? ¿Cuál es el miedo que aparece en las personas adultas? ¿Qué es lo que supuestamente se vería amenazado en el desarrollo de ese niño si jugara con esa muñeca?

Al parecer esa masculinidad supuestamente “natural” del varón no sería tal, ya que ese temor de la familia nos estaría indicando que creen que la masculinidad es algo que puede no alcanzarse, o puede ser amenazada por cualquier circunstancia, incluso una muñeca.

¿Y qué sucede si esa masculinidad no se logra o se pierde? La amenaza que aparece es que el varón se torne femenino. Feminización que de hecho toma mil formas amenazantes: debilidad, cobardía, deseo sexual por

otros varones, “exceso” de afectividad, movimientos corporales demasiado “suelos”, etc. etc.

Al parecer el gran mandato que recibe un varón para ser tal, es que no exprese nada que tenga que ver con lo que se considera femenino, es decir con la pasividad, la ternura, la suavidad, etc.

Pero si ser varón es no ser femenino, es decir que se define por aquello que no se puede ser, nos queda rondando la pregunta: ¿qué es entonces “ser” varón?, y en última instancia ¿qué significa “masculino”?

¿Cómo se fabrica un varón?

Como vimos, parece que para “ser” varón no alcanza con nacer macho genética, hormonal y anatómicamente hablando, sino que más bien implica el acatar y ajustarse a toda una serie de expectativas y mandatos, que la sociedad transmite a través de sus espacios de fabricación de identidades (familia, escuela, grupos de pares, medios de comunicación).

Los mandatos son demasiados, por eso hagamos simplemente una somera vista por algunos de ellos, para ver como se construye el estereotipo de la masculinidad hegemónica:

- No expresar afectos: Un varón “de verdad” no llora, no siente miedo, es controlado, no se “desborda” en emociones, eso “es cosa de mujeres”.
- No expresar dependencia ni debilidad: La películas de guerreros “hipermasculinos” sustentan este mandato de exigencia heroica. Ser “pasivo” es vivido como insulto para muchos varones, ya que se cree algo típicamente femenino.
- Tener mucho deseo sexual y dirigido exclusivamente a las mujeres: “Ser” varón parece que se demuestra con una constante exhibición de heterosexualidad. Esto lo veríamos en el orgullo de algunos padres frente al comportamiento sexual de su hijo, cuando dicen: “Y sí, es hijo e` tigre”.
- Tener un buen desempeño sexual y cosificar a las mujeres: Un “verdadero” varón tiene buenas erecciones, un pene “grande”, no rechaza ninguna oferta sexual y está “siempre listo”. De esta manera actualiza su supuesta “naturaleza” de conquistador de “presas”, cuando acumula “trofeos” de caza para ser exhibidos ante otros varones. Esto lo veríamos en la expresión “me gané terrible mina”.
- Ser homofóbico: Como en nuestra cultura se asocia erróneamente el deseo sexual de un varón por otro a algo femenino, el mandato es rechazar, ridiculizar y despreciar a todo varón que manifiesta un deseo afectivo y erótico de esas características. Por esta misma razón se restringen las

zonas corporales con las cuales un varón puede disfrutar sexualmente, ya que el erotismo de todo orificio corporal está destinado exclusivamente a las mujeres. Y es este mismo mandato homofóbico, el que establece restricciones para el contacto corporal entre varones, salvo en situaciones socialmente permitidas como el fútbol.

- Cultivar la violencia como forma de resolver conflictos: A los varones se los educa bajo la creencia de una naturaleza violenta irrefrenable. Son típicas las escenas en las cuales cuando un varón se enoja, debe ser refrenado, ya que se “enceguece” y golpea. Este mandato es uno de los aspectos que lamentablemente hacen tan común la violencia doméstica y la violencia en el fútbol.
- Ser proveedor: El estereotipo masculino ordena que el varón sea el que suministra los recursos para vivir, es él quien debe “mantener” a su familia, pagar la cuenta cuando va a cenar con una mujer, manejar él cuando sale en el auto con “su” mujer, etc. Por esta razón, las crisis económicas y los cambios en el rol de las mujeres como económicamente activas, han provocado grandes vacíos en muchos varones que sienten “atacada” su identidad.
- Cultivar el honor: Es interesante ver que la palabra “virilidad” viene de “virtud”. Y la virtud implica un lugar valorado en las relaciones de poder con los otros, lo cual constituiría el honor. Un “hombre sin honor” no es un hombre de verdad, y esto lo vemos cuando otro varón se apropia de sus “posesiones” (como por ejemplo “sus” mujeres), lo cual se expresa cuando escuchamos decir “pobre fulano...es un cornudo”.
- Ser habilitado para la adicción: La frase “hacete hombre, vení, tomate una” nos estaría planteando que el tomar alcohol, y “saber” tomarlo, es una característica típica del entrenamiento en la masculinidad. Con todas las consecuencias negativas que ya conocemos respecto al consumo de alcohol.
- Privilegiar la acción por sobre la palabra: Hablar demasiado es algo que se cree propio de mujeres, y por tanto algo desvalorizado socialmente, por eso un varón “auténtico” actúa mucho y habla poco ya que...“es un hombre de pocas palabras”.

Varones en vías de sanación

La educación que han recibido y reciben tradicionalmente los varones, los coloca socialmente en lugares de poder y dirección, pero son estos mismos lugares los que también los someten y limitan.

Las consecuencias negativas de estos mandatos de valor, conquista, compulsión sexual, represión de afectos, etc. son muchas: violencia,

alcoholismo, explotación sexual, delincuencia, depresión, afecciones orgánicas, suicidios, etc. Manifestaciones que son estadísticamente significativas dentro del colectivo de los varones que han encarnado esta masculinidad hegemónica.

Aún así, poco a poco se vienen manifestando varones que se atreven a indagar más allá de los restringidos espacios que la sociedad les ha indicado. Buscando ejercer un erotismo más en contacto con sus compañeras o compañeros, ejerciendo una paternidad más cercana afectivamente, eligiendo actividades que se consideraban “femeninas”, dejando atrás la homofobia cultora de tantos odios y crímenes.

En definitiva, construyendo un ser humano más integrado, y ya no tan dividido a causa del mandato hegemónico de tener que ser “lo opuesto” de la mujer.

Lic. Ruben Campero
Psicólogo – Sexólogo – Docente - Esp. en Género
Doctorando en Psicología (Universidad UCES – Bs. As.)
rucabal@adinet.com.uy
Montevideo - Uruguay